

DISCURSO DE INGRESO
DEL
ACADÉMICO ELECTO
MANUEL BENDALA GALÁN

ÍNDICE

	Pág.
1. Introducción.....	5
2. La ciudad originaria	8
3. Ciudad y urbanística.....	12
4. La materialización del alma de la ciudad.....	18
5. Ciudad y <i>cosmos</i> integral	20
6. Ciudad, paisaje y ecosistema	26
7. Ecología urbana y política patrimonial	29
8. La responsabilidad sobre el presente y el futuro de las ciudades.....	33
Contestación del Excmo. Sr. D. Eloy Benito Ruano.....	37

LA CIUDAD, AYER Y HOY

1. INTRODUCCIÓN

Sr. Presidente, Señoras y Señores Académicos, Señoras y Señores:

Debo comenzar con el pago de dos ineludibles peajes antes de adentrarme en la ancha autopista disciplinar que traza esta ilustre Real Academia de Doctores. Sea el primero la evocación en el recuerdo de D. Antonio López Gómez, que fue Vicepresidente de esta Real Academia, y seguramente la persona que más empeño tuvo en incorporarme a esta prestigiosa asamblea de doctores, una muestra extrema de su generosidad y de la cariñosa atención que siempre me dispensó. Es algo que, en la misma línea de generosidad y afecto, se prolongó en el ánimo de D. Eloy Benito Ruano, que hoy me hace el inmenso honor de responder, en nombre de la Academia, a los contenidos de este modesto introito. Él conoce mejor que nadie su contenido, y nada me podía resultar más placentero que haber merecido la dedicación de su caro tiempo, en medio de las tareas que llenan su apretada vida académica, entre otras cosas por las exigencias de su condición de Académico Secretario Perpetuo de la Real Academia de la Historia. Él personifica en el presente la misma afable consideración con que me honró en el inmediato pasado D. Antonio López Gómez, a quien reitero mi agradecimiento en el encabezamiento de un discurso hilvanado con ideas sobre las que tuve ocasión de tratar ampliamente con él; y puedo decir que, ante mis argumentaciones, dio muestras de una amable complacencia, de un interés que ahora recuerdo como el mejor testimonio de su sabia curiosidad, del talante benévolo con que atendía a cuantos se le acercaban en la Universidad para compartir con él inquietudes y esperar sugerencias.

Es el segundo peaje el recordatorio innecesario, por obvio, de que vuestro apoyo a mi candidatura es también una expresión colectiva de generosidad por la excesiva valoración de mis méritos académicos, y de confiada esperanza en que pueda aportar algo de provecho al quehacer futuro de esta Real Academia. Trataré de responder a esa confianza, y más seguro estoy de que el provecho y el enriquecimiento serán míos, frutos impagables de la posibilidad de frecuentar la compañía de los sabios doctores que ya componen la nómina de esta Real Institución.

La amplitud de su espectro científico -un sólido frente a los embates de una creciente e inevitable especialización- ha sido uno de los hechos que, contemplado en su más radical significación, me han invitado, casi impelido, a preparar con premiosidad el contenido de mi discurso. La multiplicidad de saberes que, en efecto, tienen acogida en esta Real Academia, me ha animado a concebir el discurso con el que pretendo franquear su puerta de entrada haciendo hincapié en una de las facetas más características de la Arqueología, la ciencia que modestamente cultivo: su carácter multidisciplinar. Es ésta una ciencia histórica que ha robustecido su cuerpo científico gracias a su innata propensión a absorber concepciones y métodos de otras ciencias, otorgándoles, además, carácter y sentido propios, aparte de propender a la realización de proyectos que exigen la colaboración de distintos especialistas, la inclusión del arqueólogo en equipos multidisciplinarios. Es un fenómeno bastante común, pero particularmente acusado en la Arqueología, ciencia verdaderamente fronteriza, que a menudo se aproxima a la Geografía, o a la Antropología, o a la Historia del Arte, o a la Historia de la Ciencia; y todo ello sin dejar, en esencia, de ser Historia: una de las más avanzadas ciencias históricas. Es cosa bien asumida que el arqueólogo se consolida como tal en la medida en que sea capaz de combinar el afinamiento de la propia especialidad con el cultivo de una base ancha, compuesta por la suma de muchos saberes; es como re-encuentramos con presupuestos científicos como los que conformaron el ideal de los eruditos y sabios del viejo Humanismo. No en vano, algunos referentes modélicos para el progreso de nuestra ciencia han sido y son arqueólogos ejemplares doblados en verdaderos humanistas, sabios capaces de trascender su propia disciplina, como lo fue, y me honro al recordarlo ahora, mi propio maestro, D. Antonio Blanco Freijeiro. Él dejó en quienes fuimos sus discípulos la lección de que sólo se hace verdadera Arqueología si se la cultiva como una disciplina compleja, exigente y culta, distinta y distante de una estéril “cacharrología”.

Al soplo de esta fecunda tradición he desplegado las velas del bajel de estas páginas, cuya mercancía tiene que ver con la historia de la ciudad, con el objetivo final de comprenderla en su radical autenticidad y, acaso, de allegar recursos a un ajetreado presente, que tiene entre sus componentes o ingredientes más abrumadores y exigentes una reconsideración de la ciudad, tal vez una institución en crisis, que nos aboca a un reexamen de la misma como ámbito en el que seguir viviendo el presente y amasando el futuro, a su cuestionamiento como protagonista colectivo de una historia que percibimos ya como excesivamente vertiginosa, seguidora de caminos impensados o no del todo previstos¹.

Es la percepción de un casi apesadumbrado Italo Calvino, según lo expresa en la nota preliminar de su libro *Las ciudades invisibles*²: “Qué es hoy la ciudad para nosotros? Creo haber escrito algo como un último poema de amor a las ciudades, cuando es cada vez más difícil vivirlas como ciudades. Tal vez estamos acercándonos a un momento de crisis de la vida urbana y *Las ciudades invisibles* son un sueño que nace del corazón de las ciudades invivibles” (p. 15).

Se trata, en mi propósito de ahora, de recuperar aspectos básicos de la concepción de la ciudad y de nuestra condición de ciudadanos tal y como empezaron a configurarse en la Antigüedad, en las fases formativas de nuestra civilización, por su interés objetivo si se quieren conocer las raíces determinantes de un proceso que alcanza a nuestros días y que, tenidas en cuenta o no, olvidadas o desvirtuadas en su interés y su valoración al cabo de una historia milenaria, pueden seguir siendo fundamentales a la hora de entender el proceso y los resultados. Parto de la convicción de que el ejercicio histórico que pretendo abordar sumariamente en estas páginas se alinea en una trayectoria de análisis histórico de la que pueden obtenerse diagnósticos certeros acerca de la ciudad actual, de sus virtudes o de sus patologías, y, como poco, fundamentar de mejor manera las razones que, en profundidad, pueden o deben orientar algunas de nuestras decisiones, entre ellas las relacionadas con la política patrimonial, algo más directamente vinculado a las competencias y responsabilidades específicas de los arqueólogos, y una de

1- Una reflexión sobre la ciudad actual, sus puntos de partida y sus replanteamientos, la huida de la ciudad y sus reinvenções, en fenómenos como los *shopping malls* y otros, puede verse en el libro de Giandomenico Amendola, *La Ciudad Posmoderna*, Celeste Ediciones, Madrid, 2000.

2- *Le città invisibili*, 1972. Me he servido de la traducción de Ed. Siruela, Madrid, 1994, al cuidado de C. Palma y traducción de A. Bernárdez.

las expresiones o piedras de toque de las pulsiones que determinan el presente de las ciudades históricas (que lo son la generalidad de las nuestras).

2. LA CIUDAD ORIGINARIA

Es esencial recuperar un hilo histórico que nos depara la sorpresa de encontrar en sus inicios una concepción de la ciudad que en buena parte hemos olvidado, aunque, consciente o inconscientemente, muchos observadores de la ciudad actual añoran esa ciudad en parte olvidada, o en parte perdida, como un borroso sentimiento que puede tal vez acogerse, como metáfora capaz de perfilar los imperceptibles contornos de una memoria ancestral, a la evocación de la sugestiva Atlántida de Platón.

La historia de nuestras ciudades, de nuestra vida ciudadana, fue resultado de un proceso de complejización social y económica que, con arranque en el Neolítico, alcanzó una de sus formulaciones decisivas en las culturas de la Antigüedad clásica, en el mundo grecorromano. En efecto, durante largos milenios de vida “prehistórica”, el hombre vivió como “criatura” de la naturaleza, aprovechándola e integrándose como mejor sabía y podía en un ecosistema natural que ni podía ni se planteaba alterar. Las capacidades específicas de los humanos fueron, sin embargo, impeliéndolos a una progresiva asunción de papeles cada vez más activos y transformadores de la naturaleza que les rodeaba, proceso que tiene en el llamado “Neolítico”, como bien se sabe, un hito revolucionario. Porque desde entonces el hombre empezó a forzar a la naturaleza a adaptarse a sus exigencias: irrumpió en los procesos naturales para reorientarlos con las técnicas de la agricultura y la ganadería. El hombre empezó a dejar de ser un mero huésped de la naturaleza, para ir convirtiéndose en dueño de ella; pasaba de ser “criatura” de la naturaleza a “creador” de una naturaleza nueva. Y más importante, en la evolución y la revolución de las cosas, que el hecho de ir siéndolo, fue sentirse como tal. A la escasa importancia de los cambios biológicos, muy limitados, se impondrá la de los cambios mentales, germen del desarrollo de virtualidades que dieron a los humanos una nueva caracterización como especie y una determinante relación con su entorno.

La Prehistoria reciente fue conociendo sistemas de organización social y económica cada vez más complejos, que, en el ámbito del Viejo Mundo, y en lo que hace a nuestra cultura occidental, tuvieron poderosas y determinantes concreciones en las extraordinarias civilizaciones antiguas del Orien-

te Próximo y Egipto. Tras estos espectaculares ensayos, cuyos vestigios siguen asombrándonos, el paso decisivo se dio, sin embargo, en el ámbito mediterráneo —con sus posibilidades y limitaciones— por la iniciativa de un conjunto de sociedades que buscaron en él respuesta a sus ambiciones y dieron lugar a la extraordinaria experiencia de las culturas clásicas, en cuyos vestigios, también asombrosos, seguimos reconociéndonos. El guiso de la cultura, con recetas que todavía deleitan el paladar de nuestra vida cotidiana, fue cociéndose con resultados definitivos en el gran caldero del Mediterráneo, ámbito privilegiado para la gran aventura de la afirmación cultural de los directos ancestros de la civilización occidental³.

Las civilizaciones antiguas de Grecia y Roma, y las que con ellas compartieron tiempo, escenario e influencias mutuas —entre las que destaca la importante civilización fenicio-púnica—, desarrollaron culturas diferentes, aunque próximas en el desarrollo de formas de organización socioeconómica basadas en la ciudad. Con evidentes particularidades —que diferencian las experiencias griega, fenicia, etrusca, romana, púnica, etc.— eran comunes ciertos parámetros de escala en la magnitud de las agrupaciones sociales y, consiguientemente, de los territorios que controlaban como propios, así como la confluencia en la posesión de estrictos sistemas de jerarquización social, de articulación sobre principios de desigualdad, de imposición de unos sobre otros, pero también de mutua dependencia.

En el ambiente social y mentalmente tenso de la ciudad⁴, y como consecuencia de capacidades innatas y adquiridas que unos desarrollaron más y otros menos, se pusieron en explotación las enormes virtualidades de la especie humana, con una de sus expresiones modélicas en la *polis* griega. A ella conviene referirse inicialmente para explicar conceptos que podrían extenderse a las otras experiencias ciudadanas, como ocurrirá también con Roma,

3- Fue sabiamente ponderado por F. Braudel en sus conocidos estudios y ensayos: *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, Armand Colin, París, 1949 (trad. esp. F.C.E. Mexico, 1953 y 1976). También: F. Braudel, *El Mediterráneo*, col. Austral A5, Madrid, 1987 (reune textos de Braudel, Duby y otros autores). Una valoración de la obra de Braudel y de su visión del Mediterráneo: C.A. Aguirre Rojas, *Braudel y las ciencias humanas*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1996, pp. 63 ss. Una aproximación a la apropiación del Mediterráneo en la Antigüedad desde el punto de vista histórico y cultural, puede verse en mi libro: *Tartessos, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*, Temas de Hoy, Madrid, 2000 (“La domesticación del Mediterráneo”, pp. 31-42).

4- Una fructífera reflexión sobre las pulsiones y tensiones internas de la ciudad antigua, como sociedad capaz, entre otras cosas, de encauzar las ambiciones de los privilegiados y de pugnar, dentro y fuera, por mantenerlos, puede verse en el breve ensayo de D. Plácido, “La comunidad de los clegidos”, *Revista de Occidente*, núm. 143, Madrid, 1993, pp. 27-42.

igualmente modélica a los propósitos de ejemplificar dimensiones principales de la ciudad, como también se verá. Pero la antigua Grecia va a permitirme subrayar unas primeras y esenciales condiciones de lo que verdaderamente, en términos procesuales o evolutivos, significó el paso a una nueva humanidad, superadora de la que protagonizó estadios culturales anteriores, o de coetáneos que no habían alcanzado el mismo nivel de desarrollo.

En efecto, el riquísimo legado de la tradición literaria y científica griega permite argumentar con sus propias ideas y sus propios términos el hecho principal de que el paso a la vida urbana significó un salto cualitativo en la evolución humana. Fue, como explica Aristóteles, el logro de la tendencia natural del hombre a la asociación, que alcanza, con la constitución del estado, de la *polis*, la propia perfección, la condición última de *zoón politikón*: el “animal político”, el que vive en la ciudad y a la manera del ciudadano. Todo lo que no sea eso corresponde a seres degradados, o a seres superiores a la condición humana, no al hombre en su plenitud⁵.

Es una idea ampliamente comentada y valorada por el pensamiento moderno, como hizo magistralmente Werner Jaeger en su *Paideia*. Este justamente célebre tratado de los ideales de la cultura griega, aborda con su habitual profundidad el desarrollo histórico del ideal de hombre perfecto, de su *areté*, en la época de la formación de la cultura ciudadana en Grecia, con un referente fundamental en la obra de Homero y, para tiempos posteriores, en Solón y otros autores. Y teniendo en cuenta los ideales de la antigua nobleza, las tendencias más profundas que bulleron en el seno de las creativas comunidades helénicas, se afirmaría en su madurez —escribe Jaeger— el “nuevo ideal, austero y severo, de la ciudadanía: sólo existe una medida de la verdadera *areté*: la ciudad y aquello que la favorece o la perjudica”⁶. Es, incluso, en el seno de la ciudad, donde podía alcanzar el hombre, según el

5- Escribe Aristóteles: “La naturaleza arrastra, pues, instintivamente a todos los hombres a la asociación política. El primero que la instituyó hizo un inmenso servicio, porque el hombre, que cuando ha alcanzado toda la perfección posible es el primero de los animales, es el último cuando vive sin leyes y sin justicia”. En *La política*, lib. I, cap. 1 (me he servido de la conocida traducción de P. de Azcárate, Colección Austral, núm. 239, de Espasa y Calpe, Madrid, 1982 —la 15ª ed.—, pp. 23-24). Cabe añadir aquí, para no alargar la argumentación en otro lugar, que la confrontación entre civilización y barbarie, que alimentó una tensión básica en el desenvolvimiento de las culturas clásicas en relación con la periferia no civilizada y estimuló decisivamente la autoafirmación de las civilizadas, se basa sustancialmente en la radical toma de postura que implicaba la percepción de la propia *politeta*.

6- W. Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, F.C.E., Madrid, 1981, pp. 96-97 (trad. de J. Xirau y W. Roces).

primer ideario helénico, el beneficio superior de la inmortalidad, puesto que, ajenos los griegos primitivos a la idea de la inmortalidad del “alma”, “si alguien, mediante la ofrenda de su vida” –sigue diciendo Jaeger-, “se eleva a un ser más alto, por encima de la mera existencia humana, le otorga la polis la inmortalidad de su yo ideal, es decir, de su “nombre”. Desde entonces la idea de la gloria heroica conservó para los griegos este matiz político. *El hombre político alcanza su perfección mediante la perennidad de su memoria en la comunidad por la que vivió o murió*”⁷.

Casi parafraseando una conocida expresión de Varrón, según el cual *divina natura dedit agros, ars humana aedificavit urbes* (Rust. 3,1,4), escribió rotundamente, por su parte, Oswald Spengler que “el hombre superior de la segunda era es un animal constructor de ciudades”, según concepciones que se alinean con lo que se acaba de comentar. Inmediatamente después subraya el mismo autor otra dimensión del ciudadano y de la ciudad, la de constituirse en protagonistas de la historia, una de las emanaciones también consustanciales al nuevo *zoón politikón*⁸.

Sin entrar a desmenuzar cuanto implica la polis, ni sus consecuencias en el plano político o ideológico, sí es preciso destacar una cuestión esencial: el hecho de que en la antigua concepción de la ciudad, propia de la polis y de otras expresiones de la misma en la Antigüedad clásica, como la romana, la materia prima esencial de la ciudad es la ciudadanía, el conjunto de los ciudadanos. La ciudad consistía en la aglutinación o articulación de individuos depositarios de las cualidades propias del “animal político” aristotélico –el *polites* o ciudadano-, cohesionados por fuertes nexos de índole jurídica e ideológica, que se sienten partícipes de una biografía común –su propia “historia”-, y decididos a explotar las capacidades y virtualidades económicas de un determinado territorio, que tienen por propio. Nada más elocuente de esta realidad que un pasaje del historiador griego Tucídides (VII, 77,7), quien pone en boca de Nicias la siguiente frase al dirigirse a los soldados atenienses en las playas de Siracusa: “*Vosotros mismos sois la ciudad, allá donde decidáis asentaros... pues una ciudad consiste en sus hombres, no en unas murallas, ni en unas naves sin hombres*”. Es la misma realidad que

7- *Ibid.* p. 97. El último subrayado es mío, y pretende destacar la capacidad de la polis de proyectar a un plano superior a quienes de ella participaban, incluso al comentado ámbito de la inmortalidad, en el que sublimaba la nueva humanidad la conciencia de una superioridad específica.

8- O. Spengler, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la Historia Universal*, Espasa-Calpe, Madrid, 1966 (11ª ed.), vol. II, p. 111 (Trad. de M.G. Morente).

explica, en el caso de la *civitas* romana, el concepto de *deductio* como acción que determina y conduce a la colonización, en el sentido de que la ciudad se reproduce en otro lugar, en una colonia, mediante el traslado de una parte de ella misma que se “deduce” o resta al cuerpo originario de la ciudad, constituido por los ciudadanos. Es la repetición clónica de la ciudad mediante la reproducción indefinida de su propio cuerpo ciudadano a partir de fragmentos de ella que se desplazan fuera del lugar originario.

3. CIUDAD Y URBANÍSTICA

Aunque, como también se dijo antes, no es el caso entrar en todas y cada una de las características e implicaciones de la ciudad antigua, es preciso subrayar, para la argumentación fundamental que sigue, que la agrupación “política” en que la ciudad consiste es de una extraordinaria complejidad, tanto en lo que hace a sus realidades internas, como en relación con el exterior (sea el mundo “bárbaro”, sean otras comunidades también urbanas). Es compleja su economía, basada en la especialización y la división del trabajo, en la capacidad de producir excedentes, y en la explotación de los mismos mediante el comercio interno y externo⁹; complejas su estructura social, diferenciada y jerarquizada, o su organización y dirección, que requiere organismos, sistemas consolidados en normas y leyes, formas de poder que arti-

9- Es precisamente el comercio el elemento clave de la economía urbana y del tipo de estrategia territorial que representa la ciudad, así como elemento determinante de la propia configuración interna de las ciudades. Baste recordar que, a la hora del control territorial, las ciudades se ubicarán —sobre todo las más importantes— en lugares idóneos para la fijación y el control de las vías de comunicación; y éstas, amarradas en los nudos en que suelen constituirse las ciudades principales, formarán la urdimbre de la estructura territorial que, presidida por la ciudad, irá determinando definitivamente la organización del paisaje cada vez más antropizado que el triunfo de la vida urbana comporta. No es de extrañar que ciudades principales en nuestra historia ocupen puntos de especial valor estratégico en relación con las vías, para la actividad económica y administrativa, o para el control militar; y son muchas de ellas ciudades “portuarias” —cabeza y término de las vías terrestres en relación con el mar y los ríos navegables, fundamentales en las comunicaciones antiguas— o “pontuarias”, controladoras de uno o más puentes como punto de paso estable sobre uno o más ríos, apoyo fundamental de la estructuración y la circulación continentales. Sobre la importancia del comercio en el origen y la consolidación de las ciudades: P.S. Wells, *Granjas, aldeas y ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la Protohistoria europea*, Barcelona, 1988. Una aproximación personal, en relación con el origen de la ciudad en la España antigua: M. Bendala, “La génesis de la estructura urbana en la España antigua”, *CuPAUAM*, 16, 1989, pp. 127-148. Su trascendencia para la ciudad, interna y externamente, fue bien subrayada por A.J. Toyneeb en uno de sus agudos ensayos, *Cities on the Move* (Oxford, 1971), traducido al español en 1971: *Ciudades en marcha*, Madrid, 1971. Puede aquí leerse: “Todas las ciudades, desde las primitivas ciudades-mercado en adelante, vivieron obligadamente mediante el comercio con zonas fuera de sus límites. La dependencia intrínseca y perenne de la ciudad con respecto al comercio tomó forma física dentro de ella, en su mercado” (p. 40).

culen la sociedad y la hagan operativa para la economía y la defensa de sus propiedades, territorio o intereses. Por y para todo ello, la organización urbana generará fórmulas de cohesión internas particularmente afinadas y poderosas, porque sólo con ellas será posible mantener a punto una maquinaria que ha de afrontar altos esfuerzos colectivos, retos muy complejos¹⁰. Entre las formas de cohesión van a figurar elaborados sistemas de poder, o aglutinantes ideológicos tan importantes como la memoria histórica, la Historia, con mayúsculas, convertida en acta notarial de la nueva realidad humana y social que representa la ciudad; también la religión y sus expresiones culturales y rituales, que componen una parcela de principal significación en el campo de los aglutinantes colectivos; y, en relación con la religión y con la historia, las fiestas y celebraciones comunitarias, creadoras de momentos de encuentro que escenifican la integración de los individuos en entidades sociales que superan, en número y complejidad, las células sociales primarias, constituidas fundamentalmente por la familia o por grupos de familias.

Todo esto y mucho más es imprescindible y consustancial a la ciudad, de modo que, como consecuencia de ello, la ciudad va a generar una de sus expresiones más características y determinantes: la estructura urbanística. Lo explicó tan certeramente como corresponde a un clásico de nuestra literatura científica, ya en el siglo XIX, Numa Dionisio Fustel de Coulanges en *La Cité Antiqua* (1864). Pone de relieve cómo la ciudad es fundamentalmente la agrupación de los ciudadanos, y distingue conceptualmente la ciudad de la urbe, una distinción fundamental para entendernos y comprender el verdadero sentido de la ciudad originaria. Con sus propias palabras, traducidas, se resume mejor su pensamiento: “Ciudad y urbe (*cité* y *ville* en francés) no eran palabras sinónimas entre los antiguos. La ciudad era la asociación religiosa y política de las familias y las tribus; la urbe (*ville*) era el lugar de reunión, el domicilio y, sobre todo, el santuario de esa asociación”¹¹.

Aparte de subrayar, en pocas líneas, la importancia que para el autor francés tiene la dimensión sacral de la ciudad antigua, el texto recogido incluye

10- Serán muy frecuentes los “naufragios”, el hundimiento de civilizaciones y estructuras urbanas acosadas por los embates de problemas internos o externos que no pudieron sortear o soportar, algo de lo que se ocupó J. Ortega y Gasset en un ensayo que se acoge, con buen tino, a la aludida leyenda platónica; está recogido en el libro *Las Atlántidas y del Imperio Romano*, Colección El Arquero, Revista de Occidente, Madrid, 1963 (se editó por primera vez en 1924).

11- He tomado la cita de la edición: N.D. Fustel de Coulanges, *La Ciudad antigua*, trad. de C.A. Martín, Iberia, Barcelona, 1983, p. 170.

el concepto, para mí afortunado, de “domicilio”. La ciudad es una agrupación humana, una especie de “gran familia”, que necesita un “domicilio”¹²; pero no podía ser uno cualquiera, un hábitat tan primario y convencional como desarrollaron la generalidad de las sociedades preurbanas o prehistóricas, sino un domicilio adecuado a su complejidad, a sus necesidades, tantas como resumidamente enumeraba poco más arriba. Para cubrirlas, las sociedades urbanas se esforzaron en dotarse de estructuras urbanísticas apropiadas, generalmente muy complejas, con una fundamental dimensión arquitectónica y una destacada presencia de elaboradas formas artísticas. Fue un fenómeno generalizado que cuando determinadas sociedades alcanzaron nivel urbano, que inicialmente, desde el punto de vista material, podían tener acogida en poblados o formas de hábitat que no se diferenciaban de los poblados prehistóricos —como la Roma de Rómulo, que no pasaba de ser, desde el punto de vista material, una agrupación de modestas cabañas—, pusieron a punto su creatividad o su capacidad de adoptar modelos que otros se habían adelantado a crear, para dotarse con exigente premura de un marco urbanístico adecuado a sus necesidades: de defensa, de organización, de representación, de culto... La urbe, la ciudad material, cobró forma, entre otras cosas, como materialización de la complejidad urbana, como ámbito adecuado a sus necesidades de funcionamiento y de representación.

Este fenómeno, que podíamos llamar de “arquitectonización” de la ciudad, ha tenido teóricos tan destacados como el recientemente fallecido urbanista y arquitecto italiano Aldo Rossi, con su obra fundamental *L'Architettura della città* (Milán, 1966)¹³. Defiende la tesis, que comparto, de que la ciudad material, “construida”, fue una decantación esencial de la sociedad urbana, en la que buscó acogida y referentes tan fundamentales que se convirtió en su correlato más sustancial. Fue, entre otras cosas, expresión extrema de la forzada creatividad a que se sintieron impelidas las sociedades urbanas

12- Nótese que la ciudad no era, en principio, una realidad “inmueble”, sino “mueble”, susceptible, por tanto, de moverse o trasladarse, un fenómeno frecuentísimo en la Antigüedad, con la consecuencia de trasladar consigo, a la nueva sede, el nombre originario, de donde la repetida experiencia histórica o arqueológica de conocer una determinada urbe que responde a una ciudad o un nombre, duplicada o sustituida por otra que mantiene la misma denominación. Es muy expresivo el caso de una ciudad de la Bética de vieja historia y de nombre *Sabora* —en la actual provincia de Málaga—, que, en tiempos de Vespasiano, pidió al emperador permiso para trasladarse a otro lugar, más apropiado que el situado en alto que por entonces ocupaba; y el emperador dio autorización al traslado, con la única condición de que se llamara en adelante *Sabora Flavia*.

13- Me he servido de la versión española publicada por Gustavo Gili: A. Rossi, *La arquitectura de la ciudad*, Barcelona, 1982 (con introducción de S. Tarragó Cid, y traducción de él mismo y de J.M^a. Ferrer-Ferrer).

una vez alcanzada esa condición. Y precisamente la arquitectura se convertiría en su constatación, su certificado más palpable, para afirmación ante propios y extraños. Tal vez sea una de las razones fundamentales de la importancia de la arquitectura para los urbanitas el hecho de que mediante ella se ejecutaba y se hacía palpable una de las condiciones esenciales en la percepción que de sí mismos tenían: la de individuos con capacidad de crear, de haber traspasado el estadio de criatura de la naturaleza para alcanzar el de creador de una nueva y a la propia medida. Es esta una cuestión medular sobre la que volveré más adelante.

Ahora, para añadir razones que apoyan las sugestivas propuestas de Rossi, cabe argumentar que la importancia para la ciudad de su correlato urbanístico y arquitectónico hizo que el concepto de ciudad fuera absorbido por él: tanto se proyectó en su propia arquitectura, que también se trasladó su significado, y hoy entendemos por ciudad el “conjunto de calles y edificios que la componen”, según la sumaria definición que ofrece el Diccionario de la Real Academia Española. Es una capacidad de absorción semántica de la arquitectura ejemplificable también en otro caso notorio: el de templo. La voz latina *templum* tenía el significado originario de área acotada y sagrada, equivalente al griego *témenos*; en los *templa* dedicados al culto se incluían altares, exvotos e instalaciones sagradas que con el tiempo incluirían edificios (*aedes*) destinados a albergar las imágenes de culto; y como quiera que se convertirían éstos en lo más destacado del *templum*, absorberían el significado del espacio sagrado en que estaban, de modo que hasta hoy se mantiene como alusión a una realidad arquitectónica, olvidado su sentido originario de espacio sagrado.

Volviendo a las argumentaciones de Rossi, y a la íntima conexión entre ciudad y arquitectura, valorada por este autor como “connatural a la formación de la civilización y un hecho permanente, universal y necesario”¹⁴, la personalidad ciudadana, de cada experiencia específica, se trasladó a la urbanística y la arquitectura hasta hacer de ella su mejor expresión y una de las realidades más influyentes, a su vez, en la progresiva caracterización de la ciudad, del conjunto de la vida urbana y de los propios ciudadanos. El medio por el que los ambientes arquitectónicos adquirirían su especial significación fue esencialmente su tipificación, clave para que los edificios no fueran simples contenedores, sino realidades cargadas de significado. La

14- *Ibid.*, p. 60

ciudad construida se configuraba como una suma de referentes formales, que por el valor semántico de sus elementos aislados, y por la suma de ellos en una sintaxis urbanística que hacía de ella la proposición matérica de un discurso o de una suma de discursos, abría el camino a una fructífera relación entre la ciudadanía y su urbe, y de ella con las demás comunidades, tanto las partícipes de las mismas claves tipológicas, como las ajenas, a las que podían proponerse lecturas de gran calado poniendo en juego el valor comunicativo de la contundente presencia de la arquitectura, incluso desconociendo las claves de su formalización específica¹⁵. Subraya Rossi, en este sentido, la analogía de la ciudad arquitectónica con el lenguaje y de su estudio con la lingüística, una dimensión que afecta a la arquitectura de la ciudad como a todo código compartido socialmente, cuyos valores semióticos comportan posibilidades y limitaciones a la hora de su uso, de su continuidad o de su renovación¹⁶.

En la medida en que la arquitectura de la ciudad tiene una de sus dimensiones fundamentales en su carácter de código cualificado de identificación y de comunicación de la vida urbana, se comprende que una de las facetas de la importancia de las civilizaciones antiguas fue su capacidad de poner a punto fórmulas eficaces para la configuración de una compleja codificación arquitectónica, que es todavía hoy perceptible y operativa. Los elementos primarios de su propuesta tuvieron en los órdenes arquitectónicos –dórico, jónico, corintio, toscánico–, una feliz plasmación, por su validez y por la versatilidad con que servían a la creación de las diferentes y complejas estructuras arquitectónicas e urbanísticas de la ciudad. La continuidad formal y cultural en las aportaciones entre Grecia y Roma, con el éxito cultural de la primera y la consolidación de la segunda en un Imperio extendido por toda la cuenca mediterránea, dieron a las propuestas formales de su arquitectura la consistencia de los fenómenos estructurales. Sus virtualidades, que eran muchas por la bondad inicial de la propuesta, se confirmaron

15- Es la idea magistralmente explotada por Borges en una de sus obras básicas, *El Aleph*, cuando, en el cuento correspondiente a la “Historia del guerrero y de la cautiva”, narra el episodio en que el bárbaro Droctullf, cuando se disponía a atacar con los suyos la ciudad de Rávena, quedó tan impresionado de su apariencia –en la que intuyó la emanación de un orden superior, el de “la Ciudad”–, que decidió defenderla haciendo frente a sus propios compañeros.

16- *Ibid.*, p. 64. Con una mirada más literaria o poética lo subraya también Italo Calvino en su citado libro *Las ciudades invisibles*: “Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos” (p. 15).

hasta insertarse en las duraderas corrientes de la *longue durée* propias de la ciudad, tan acertadamente valoradas por F. Braudel.

Permítaseme que, sin ralentizar excesivamente el ritmo de las ideas que se hilvanan en mi discurso, haga un pequeño recordatorio de una mostración paradigmática de la conexión entre una civilización y su arquitectura protagonizado por Roma. Quizá no cabe mejor ejemplo, en toda la historia de nuestra cultura, de una civilización que vivió el drama de su propia afirmación mediante la búsqueda de una personalidad que se expresaba, casi primordialmente, en su arquitectura, haciendo de ella una de sus principales preocupaciones políticas y, por la misma razón, en una de las formas preferidas de hacer política por parte de sus dirigentes. Creció Roma mirando atentamente sus propias tradiciones –laciales, etruscas, itálicas en una palabra-, pero decidida por otra parte a hacer suyo el prestigioso legado de Grecia, sin duda que también en el ámbito de la arquitectura y la urbanística. Se propuso, además, afanosamente, superar a su modelo y dar a sus creaciones señas de identidad propias. Lo logró, entre otras cosas, a partir de una creación genial: una fórmula arquitectónica en la que confluían la preferencia romana por las estructuras arqueadas o abovedadas, con el ritmo y la prestancia de los prestigiosos órdenes arquitectónicos griegos, de tradición adintelada; y el resultado fue inscribir un vano arqueado en un orden decorativo de columnas gigantes y su dintel, una unidad básica de la arquitectura que podía multiplicarse horizontal o verticalmente de manera indefinida (con lógicas limitaciones de altura) y ponerse al servicio de toda clase de edificios.

La fórmula constructiva se obtuvo a fines de la República, con un edificio principal, el *Tabularium* –el archivo oficial de Roma-, construido por el cónsul Q. Lutacio Catulo en el 78 a.C., según proyecto del arquitecto L. Cornelio. Construido en la ladera del Capitolio, su principal efecto fue el de proporcionar un telón monumental al Foro, el centro neurálgico de Roma, y desde púlpito tan privilegiado, la buena nueva arquitectónica fue pregonada a todas partes y convertida desde entonces en célula básica y expresión de la “Arquitectura de la Ciudad”¹⁷. La romanidad se hacía “políticamente”

17- De lo que los estudiosos alemanes llamaron la “Stadtrömische Architektur”, en término que sintetiza mejor la íntima correlación entre Roma y su arquitectura. El vibrante proceso de la formación de la arquitectura romana, como expresión y anparo de las pulsiones que terminarían por configurar la civilización romana clásica, han sido acertadamente analizadas por P. Gros en su libro *Architecture et société à Rome et en Italie centro-méridionale aux deux derniers siècles de la République*, Bruselas, 1978.

presente por todo su vasto Imperio de muchas maneras, pero era una de las más efectivas la proliferación, en el paisaje artificial de las ciudades, de fórmulas arquitectónicas como la descrita, capaces de transmitir toda la carga significativa con que la dotaron sus creadores.

La fuerte implantación de Roma, del mismo modo que convirtió al latín en lengua vehicular y universal que cementó su enorme estructura política y económica, perpetuado después en las diferentes lenguas romances aún vigentes, hizo de su arquitectura un lenguaje asimismo universal, tan útil y tendente a la perpetuación como la misma lengua y por la misma razón de haberse constituido en ingrediente principal de una sólida estructura tendente por naturaleza a la perpetuación. A través suyo, y al estímulo de numerosos movimientos de recuperación deliberada de la tradición clásica desde la Edad Media, con especial intensidad a partir del Renacimiento, la arquitectura clásica y el valor referencial de sus elementos más característicos, incluso en versiones “romanceadas”, sigue estando presente en las urbes de la civilización occidental, manteniendo aún frescos y actualizados los valores de prestigio, perdurabilidad o seguridad con que se dotaron en la Antigüedad. Basta con echar un vistazo a una ciudad como Madrid, para advertir el uso frecuentísimo de órdenes clásicos en bancos, grandes hoteles y edificios en general que quieren expresar con ello su pertenencia a un ámbito de poder, distinción, seguridad o solidez comercial o económica¹⁸.

4. LA MATERIALIZACIÓN DEL ALMA DE LA CIUDAD

El hecho es que convertida la urbanística y la arquitectura de la ciudad en una acumulación de realidades de profundo significado semántico, será esta ciudad material algo más que su condición prístina de “domicilio”, porque se convierte en epifenómeno de la ciudad: en ella se expresa, se comunica, se reconoce y autoafirma. La esencia misma de la ciudad queda trasladada a la materialidad de su arquitectura y su urbanística hasta tal punto que la ciudad material se hace depositaria de lo más sustancial de la ciudad misma, garante principal de una realidad que, por su dimensión histórica, que tras-

18- De la utilización de referentes del pasado en la arquitectura, el arte, la publicidad modernos, se ocupó agudamente H. Himmelmann en su libro *Utopische Vergangenheit. Archäologie und moderne Kultur*, Berlín, 1976.

ciende a los individuos, supera en valor identificadorio a sus propios habitantes. Frente a la efímera presencia de los ciudadanos en cada generación, cada momento, la ciudad material se convierte en lo más representativo de la ciudad histórica: en ella reside lo que suele entenderse por “alma de la ciudad”¹⁹. Incluso con una cierta autonomía respecto de sus habitantes, como si de ellos se emancipara para tener vida propia.

Mejor que la argumentación teórica de este fenómeno, que representa algo así como el último resultado de la aludida “arquitectonización” de la ciudad, resulta ilustrativa su comprobación en una urbe de vieja solera histórica, para lo que puede resultar perfectamente apropiado el caso de Sevilla, al que me acojo por su particular relevancia y por haber tenido, además, el privilegio de haber vivido en ella años importantes de mi vida personal y académica y, gracias a ellos, haber podido captar, acaso, algo de su “alma” ciudadana.

Es bien conocida la importancia de Sevilla como referente para la literatura, para el teatro lírico o para la canción popular, para el arte, porque en ella confluyen realidades y valores que, derivados de su larga y fecunda historia, se proyectan o “residen” en la ciudad. Ella conforma un ambiente que muchos han calificado de mágico, porque a los valores monumentales, ampliamente reconocidos, se suman tradiciones, costumbres, aromas, colores, “un sabor especial”, se dice en la letrilla de una copla reciente; el aire, en fin, de una ciudad que convierte a Sevilla en ejemplo singular de la capacidad que poseen determinadas urbes de hacer más tangible la misteriosa decantación de una sugestiva personalidad colectiva macerada por los años, por la historia.

El ideal regionalista andaluz, que agitó el espíritu de numerosos filósofos, literatos y políticos en las primeras décadas del pasado siglo, tuvo una de sus fijaciones en la ciudad de Sevilla, a lo que se llegaba tras ser exaltada hasta la extenuación por los viajeros románticos. Centro de atención y de reflexión, musa inagotable de los poetas que se acogían a sus veladas o expresas insinuaciones, Sevilla era sentida como un cúmulo de perfecciones, como ex-

19- Una realidad poco aprensible, escurridiza, a la hora de abordar el estudio de la ciudad o de una ciudad, aunque con ella se topa habitualmente cuando se profundiza en ella. Comentaba A. Rossi: “Todos los especialistas del estudio de la ciudad se han detenido ante la estructura de los hechos urbanos, declarando, sin embargo, que, además de los elementos catalogados, había *l'âme de la cité*; en otras palabras, había la cualidad de los hechos urbanos” (*Ibid.*, p. 72).

presión de una personalidad tan abrumadora, y tan impositiva también, que podía despertar pasiones y los más exagerados juicios, y en todos los sentidos. Un poeta regionalista por antonomasia, Fernando Villalón, alzaba a Sevilla a la categoría de lo absoluto, de modo que todo podía empezar y acabar en ella; apenas podía tener cabida, en el cosmos de sus aguerridas percepciones, alguna otra ciudad cercana, de modo que, para él, el mundo se dividía en dos: Sevilla y Cádiz. Pero esa misma razón llevaba a un poeta contemporáneo, Luis Cernuda, a abdicar de Sevilla, a marcharse por no poder conciliar su alma con la de la ciudad²⁰.

Más me interesa traer a colación el sarcasmo de otro gran poeta de la época, Antonio Machado, que sintetiza con la fuerza expresiva de los mejores escritores, la idea poco antes desarrollada acerca de la capacidad que una ciudad como Sevilla podía tener de ser autónoma, de liberarse de sus ciudadanos hasta el punto de no necesitarlos para mostrarse, libérrima y triunfante, como lo mejor de ellos mismos. Antonio Machado, natural de Sevilla, destacó en su poesía –del mismo modo que su hermano Manuel– su origen y el carácter constitutivo de la ciudad en su propia personalidad; pero, distante por sus estancias castellanas, y crítico y mordaz por carácter, afiló Antonio la pluma para escribir, y poner en boca de su sosias apócrifo Abel Infanzón, versos que muchos no querrían seguramente oír nunca: “Sevilla y su verde orilla,/ sin toreros ni gitanos,/ Sevilla sin sevillanos,/ ¡oh maravilla!”²¹. Nada más elocuente para hacer perceptible la idea de que lo más genuino de una ciudad, acaso lo mejor de ella, puede quedar decantado en la ciudad material, al margen incluso del juicio que pudiera merecer, según la sensibilidad de cada uno, la ciudadanía de su tiempo: la que conocía, con la que convivía.

5. CIUDAD Y COSMOS INTEGRAL

La ciudad material, según la percepción antigua, no se acaba en sí misma, sino que, con matices diferenciadores según culturas o épocas, es concebida como el centro nodal de una determinada percepción del mundo o,

20- Remito a los jugosos comentarios, sobre este gran fenómeno ideológico y literario, de Jacobo Cortines, en su libro *Separatas de literatura, arte y música*, Sevilla, 2000.

21- En opinión de J. Cortines, es la más bella abstracción escrita sobre la capital andaluza (en “En la luz de Sevilla”, *Ibid.*, p. 31-34).

mejor, de su recreación en un *cosmos* nuevo, y también como su expresión o su metáfora. La urbe se convierte en su centro neurálgico, con una dimensión principal –como señalaba Fustel de Coulanges– en su carácter de núcleo sagrado al que se acoge la ciudadanía para sentirse protegida y ordenar, con la compañía y la complacencia de los dioses, el *cosmos* propio. No existe dicotomía entre ciudad y campo, al menos tal como ahora suele percibirse tras el desarrollo de la sociedad industrial, puesto que el campo, sobre todo en sociedades de base fundamentalmente agropecuaria, es parte sustancial de la ciudad: la más antropizada del territorio que le pertenece. Y sin olvidar que incluso el ámbito incultivado o salvaje ha de ser percibido como controlado o controlable desde la ciudad, integrado a manera de periferia dominada e incluida en el orden perfecto que la ciudad quería representar.

Esta concepción totalizadora de la ciudad, en la que la urbe desempeña un papel múltiple, de centro de control, pero también de reconocimiento e identificación del *cosmos* integral que preside, otorga a la ciudad otra de sus complejas dimensiones, con efectos en su formalización y en el papel que desempeña en la vida cotidiana de sus habitantes y creadores, en lo que vuelve a superar la, en primer término, clarificadora condición de “residencia” o “domicilio”²². En Grecia, junto a la racionalidad de refinados planteamientos urbanos aplicados en su avanzada urbanística, pueden encontrarse reflexiones teóricas que, como en el caso de Platón, remiten al plano divino la adecuación de los lugares apropiados para el establecimiento de una ciudad, entendiéndolo que su destino tiene que ver con el conveniente establecimiento de una armonía entre la ciudad y el conjunto del universo²³. Por su parte,

22- El éxito de la ciudad como metáfora de un *cosmos* ideal, está latente en discursos filosóficos modernos, como el recientemente propuesto por Eugenio Triás. Según él, *Cosmos y Ciudad* se funden como expresión de una creación humana e intelectual que asimila, absorbe y recrea la naturaleza; cada cultura y cada miembro de la sociedad que la sustenta contribuye a construirla o a deconstruirla; cada uno edifica o crea su *Cosmos* particular, su Ciudad propia (E Triás, *Ciudad sobre ciudad. Arte, religión y ética en el cambio de milenio*, Barcelona, 2001, pp. 14-15).

23- Vuelvo de nuevo a Jaeger para recordar su autorizada opinión a este respecto, sobre lo que escribe: “El yo se halla, para los griegos, en íntima y viva conexión con la totalidad del mundo circundante, con la naturaleza y con la sociedad humana; no separado y aislado. Las manifestaciones de la individualidad no son nunca exclusivamente subjetivas. Podríamos decir, más bien, que en una poesía como la de Arquíloco el yo individual trata de expresar y representar en sí la totalidad del mundo objetivo y de sus leyes. El individuo griego alcanza su libertad y la amplitud de movimientos de su conciencia, no mediante el simple desbordamiento de la subjetividad, sino mediante su propia objetivación espiritual. Y en la medida en que se contraponen a un mundo exterior, regido por leyes propias, descubre sus propias leyes internas” (*op. cit.*, p. 119).

en la antigua Roma percibimos la relación entre ciudad y cosmovisión con una contundencia particular, gracias a la expresividad de su urbanística, a su rica tradición literaria y a la importancia concedida a esta cuestión en la ciencia histórica moderna²⁴.

En general, en la tradición histórica y legendaria de Grecia y Roma, la intervención de los dioses en la fundación de las ciudades es tan constante que, como escribe Fustel de Coulanges, la primera tarea, la de elegir el emplazamiento adecuado, era “cuestión grave y de la cual se creía que dependía el destino del pueblo, y se dejaba siempre a la decisión de los dioses”²⁵. Es, sin embargo, sobremanera expresivo el elaborado ritual correspondiente a la fundación de las ciudades romanas, popularizado por el recuerdo de la famosa saga de Rómulo y Remo. Se iniciaba con el complejo rito de la *inauguratio*, que incluía actos principales como la *conregio*, por la que el augur trazaba un diagrama en el suelo con el bastón curvo -el *lituus*-, delimitaba las regiones -divididas y ensambladas por los ejes perpendiculares vinculados a los puntos cardinales del universo- y nombraba los hitos que las circundaban, siempre con invocación de los dioses.

La ceremonia culminante de la fundación llegaba con el trazado del surco inicial -el *sulcus primigenius*-, que abría en la tierra el fundador con un arado de bronce que arrastraban una novilla y un toro blancos. La ritualidad, fundamentalmente en las ceremonias propias de la *inauguratio*, y la delimitación por el augur de las cuatro regiones, ajustan el esquema urbano a una regularidad axial, de orientación astronómica, que trata de reproducir el *templum* celeste, esto es, el ámbito regular, inamovible y eterno de los astros, que es también el de los dioses inmortales. El ritual garantiza el misterioso traslado a la tierra de esa esfera superior, y convierte al territorio de la ciudad señalado con el *sulcus* también en un *templum*, un terreno sagrado y, por ello, inviolable. Es la inviolabilidad del *templum* de la ciudad la que transgredió Remo y le costó la vida a manos de Rómulo, una leyenda que trata-

24- Remito, en principio, al sugestivo ensayo de J. Ryckwert, *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el mundo antiguo*, Madrid, 1985. Contiene un amplio desarrollo, con apoyo fundamental en Roma, de las complejas pulsiones, ideológicas, religiosas, simbólicas, etc., que confluyeron en la urbe antigua, hasta darle sentido y forma. Acerca de la ciudad en Grecia y la especial relevancia de Roma: pp. 34 ss, y *passim*. Para el caso específico de Roma, puede verse también: L. Duret y J.P. Néraudau, *Urbanisme et métamorphoses de la Rome antique*, Paris, 1983.

25- Fustel de Coulanges, *op. cit.*, p. 172.

ba de recordar, con la crudeza del ejemplo, las virtudes de un lugar del que sus moradores esperaban la garantía de la eternidad y la seguridad, confiada a sus dioses protectores²⁶.

La armónica organización de la ciudad, con calles bien trazadas, paralelas y perpendiculares entre sí, que determinaban espacios regulares donde ubicar las casas, los edificios públicos, los templos, los espacios abiertos encabezados por el foro, representaba mucho más que la supuesta aplicación de criterios de racionalidad organizativa: era la forma de obtener y hacer perpetuamente tangible la vinculación de la ciudad a un orden cósmico que garantizaba su perduración; la ciudad –concebida a imagen del *cosmos*, era un “microcosmos” a escala humana, donde se hacía perceptible y vivible el infinito universo.

Pero la urbe era, además, el foco definidor de un territorio pautado desde ella, e imbricado con ella mediante la distribución del campo en parcelas –formando las llamadas *centuriationes*- organizadas a partir de la prolongación de los dos ejes –norte/sur y este/oeste- que señalan en la ciudad las calles principales, que denominamos habitualmente *cardo maximus* y *decumanus maximus*, nombres que son precisamente los que daban los agrimensores a los ejes principales de distribución de las parcelas de la *centuriatio*. Urbe y campo quedaban solidariamente organizadas en un retícula común, expresión formal de una vinculación que subrayaba la integración de ambas esferas en una estructura unitaria²⁷.

Por otra parte, más allá de cuanto se deduce de la sugestiva ritualidad fundacional y de la concepción inicial de la ciudad, el triunfo de Roma como centro de un Imperio que se extendió por casi todo el Viejo Mundo, su-

26- Con una de sus suculentas sentencias se refería Ortega, en otro de sus libros, a la vocación de eternidad de las ciudades o las civilizaciones: “Tal vez es propio a toda civilización, como lo es a todo auténtico amor, creer en su propia eternidad” (*Una interpretación de la Historia Universal*, Madrid, 1966, 2ª ed. En la col. El Arquero, p. 79). Para el desarrollo de toda la ritualidad fundacional romana, remito a J. Rykwert, *op. cit.*, pp. 31 y ss., porque otra cosa sería alargar excesivamente estas páginas.

27- La relación ciudad-campo fue ya sabiamente analizada por Julio Caro Baroja, con la conciencia de partida de que la oposición ciudad-campo “es algo que afecta más a la vida individual que a la vida colectiva, porque dentro de esta última no se imagina una polis o estado (o si se quiere, una sociedad o una cultura mediterránea) sin que aparezcan estos dos componentes unidos, estrechamente ligados desde un punto de vista funcional”: J. Caro Baroja, *La ciudad y el campo*, Barcelona, 1966, pp. 19-20 y *passim*. Más recientemente: P. López Paz, “La relación ciudad-campo: revisión”, *Veleya*, 6, 1989, pp. 111-133.

brayó la dimensión ideológica de la Urbe y de la civilización que representaba como proyección prácticamente universal de un *cosmos* nuevo, ordenado y perfecto. Como resultado de ello, la ciudad misma debía espejar, en su propia configuración, ese *cosmos* ordenado que el Imperio representaba, estímulo básico de los extraordinarios programas urbanísticos desarrollados por Roma²⁸ y multiplicados en las demás ciudades del Imperio. A su servicio se puso el extraordinario esfuerzo técnico y material que suponen sus afa-madas arquitectura e ingeniería, desarrolladas en construcciones y obras profundamente ideologizadas. Si el orden de Roma traducía el del *cosmos*, los materiales que se empleaban -y a la cabeza el prestigioso mármol- eran una directa prueba material de la *dignitas* de la civilización que Roma representaba y, aún más profundamente, de su capacidad demiúrgica.

Uno de los materiales más característicos de la arquitectura romana, el *opus caementicium*, era una roca artificial usada masivamente en sus grandes proyectos urbanísticos y arquitectónicos por sus cualidades y por su capacidad de transmitir con particular eficacia la idea de que Roma era capaz de emular la naturaleza y crear una nueva, tan masiva y determinante del paisaje como la “natural”. Es el propósito que subyace, entre otros, en la concepción de edificios como el colosal *Theatrum Pompei*, levantado por Pompeyo a mediados del siglo I a.C. en la llanura del Campo de Marte, capaz de sobreelevar, sobre series de muros y bóvedas construidos fundamentalmente con hormigón -el *opus caementicium*- un templo de Venus, un santuario situado en alto como los que caracterizaban el paisaje de la Roma de las colinas o de otros parajes y ciudades. Si el teatro griego se basaba en el aprovechamiento de una ladera para sobre ese soporte natural apoyar el graderío, Roma añadía a la naturaleza otorgada por los dioses una naturaleza nueva, criatura suya, artificio generado por la capacidad de la propia civilización. El enorme *Theatrum Pompei* se convertía en una “octava colina”, y tanto su masividad como la asociación teatro-templo en organismos arquitectónicos complejos de gran abolengo en Italia, venían a representar el hecho de que, en poco tiempo, según avanzaba el siglo I a.C. -en que una crisis de madurez llevaría al paso de la República al Principado-, Roma pudo pasar de la capacidad de “arquitectonizar” la naturaleza -ejemplificada en el Santuario de la Fortuna Primigenia en Praeneste (fines del s. II a.C.)- a la de crear una naturaleza propia, de masividad equivalente²⁹.

28- Una reflexión personal en: M. Bendala, “Urbanismo y poder en la Roma imperial”, en A. Domínguez Monedero y C. Sánchez Fernández (ed.), *Arte y poder en el mundo antiguo*, Madrid, 1997, pp. 189-202.

29- P. Gros, *L'architecture romaine. I. Les monuments publics*, Paris, 1996, p. 281.

Obras tan imponentes como los acueductos y sus características *arcuationes*, daban a las ciudades romanas una nota distintiva tan determinante del paisaje urbano como expresivos del hecho representar la creación de verdaderos ríos artificiales destinados a hacer llegar abundantemente a los ciudadanos aguas potables y aprovechables para el bien de todos, entre otras cosas para la posibilidad de disponer de elementos tan significativos de la propia civilización como las termas.

La creación de este nuevo *cosmos* no significaba el apartamiento de la naturaleza sino su modelación -antropizando radicalmente una parte de ella, la transformada en campos de cultivos, algo menos en dehesas, etc.-, o su dominio, que se extendía -o debía extenderse- a todo lo demás. Fue una obsesión de los soberanos o dirigentes de las civilizaciones antiguas presentarse como dominadores de la naturaleza salvaje, superadores de sus afrentas o peligros. Se comprueba ya en el antiguo Egipto, donde a menudo vemos a los faraones ocupados en combatir a los feroces hipopótamos en las aguas del Nilo, o en Asiria, en algunas de cuyas obras de arte principales vemos a los reyes dando muerte a cientos de leones en cacerías de gran significado simbólico. Es la misma idea que en el plano mítico expresan leyendas de héroes y semidioses griegos como el mismo Heracles, héroe civilizador por antonomasia, con sus hazañas ante las más exóticas fieras. Es igualmente el papel que quieren representar los dirigentes romanos cuando se muestran, con significativa frecuencia, como protagonistas de escenas de cacería.

La ciudad reflejaba ese hecho con procedimientos diversos, ejemplificables en el “*Paradeisos*” oriental, jardines que incorporaban a las ciudades una representación en pequeño de la naturaleza salvaje, en los que el soberano podía escenificar su papel de “dominador de las fieras”, como las citadas cacerías protagonizadas por los reyes asirios. Es lo que, con matices propios, viene a representar, con su rica polisemia, la tradición romana de llevar a los anfiteatros u otros lugares de reunión y espectáculos fieras salvajes para ser muertas en las *venationes*³⁰.

30- Según el mismo P. Gros -“L’amphithéâtre dans la ville. Politique culturelle et urbanisme aux deux premiers siècles de l’Empire”, en *El anfiteatro en la Hispania Romana*, Mérida (1992), 1994, p. 22-, la violencia ritualizada de la arena contribuía a mostrar el poder absoluto sobre todos los enemigos del orden romano, fueran de tipo étnico, que personificaban los extranjeros que participaban en los *munera* o luchas de gladiadores, fueran naturales o del mundo salvaje, representados por las fieras sacrificadas en las *venationes*.

Los puentes, también, tan afamados en Roma, eran una rotunda expresión de dominio sobre la naturaleza, de imposición o superposición sobre ella del orden artificial de la propia civilización. La monumentalidad de tantos de ellos se debe, en mucho, a cuestiones funcionales o técnicas, pero también, y en grado tal vez más alto de lo que suele suponerse, a la posibilidad de transmitir con ellos el mensaje ideológico de ser una contundente expresión del triunfo sobre el obstáculo natural del río. Es un ejemplo bien notorio el Puente de Alcántara, aunque no me detendré en él para no incorporar la problemática que se cierne sobre la autenticidad de algunos de sus elementos más conocidos, incluidas las inscripciones. Pero sirve tanto o mejor al caso evocar uno de los monumentos más representativos de Roma: la Columna de Trajano. Los famosos relieves que rodean helicoidalmente el fuste ilustran las dos guerras contra los dacios, y sus imágenes obedecen más al propósito de ofrecer una serie de secuencias de valor propagandístico e ideológico que puramente cronístico. Roma y su ejército muestran frente a los dacios la superioridad de su civilización frente a la barbarie, materializada en alardes técnicos diversos -a la hora de preparar o realizar las batallas- y, muy especialmente, en la sustitución del desorden bárbaro por un orden civilizado que a toda costa impone un ejército más empeñado en construir campamentos con apariencia de ciudades que en las batallas mismas. Y es significativo que uno de los momentos más celebrados en el relieve sea la construcción de un soberbio puente sobre el Danubio, obra de Apolodoro de Damasco, inaugurado con gran pompa y grandes sacrificios a los dioses³¹.

6. CIUDAD, PAISAJE Y ECOSISTEMA

La íntima relación de la ciudad —en su concepción de ciudadanía— y la urbe determina nexos tan sólidos que son sólo entendibles —o es al menos una de las formas más eficaces de hacerlo— en términos de ecosistema. Y en esto vuelve a resultar de la máxima operatividad volver a recordar la caracterización aristotélica del urbanita como *zoón politikón*, gracias a la cual es más directamente perceptible la estrecha dependencia de los individuos con su “ciudad”, como es la de cada especie animal con su ecosistema.

31- Pueden consultarse los libros recientes: A. Settis, A. La Regina, G. Agosti y V. Farinella, *La Colonna Traiana*, Turín, 1988; F. Coarelli, *La Colonia Traiana*, Roma, 2000.

La ciudad, por cuanto va dicho, configura un paisaje de articulación compleja y significados profundos, con el que su habitante específico, también en virtud de su particular complejidad intelectual y de su sensibilidad espiritual, establece una relación también específica, más allá de una dependencia meramente biológica. Una de las más terribles expresiones de la especial relación del ciudadano con su ecosistema resulta del triunfo mismo de su propia capacidad creativa, puesto que el ciudadano crea su ecosistema, que lo condiciona y, en alguna medida, lo “crea” a su vez, por cuanto de él depende. Y en el perpetuo ir y venir que hace de la creación objetiva –del ecosistema- recreación subjetiva –de sí mismo-, ha de definir el ciudadano su propia situación en el cosmos, lo que constituye una cualidad específica e irrepetida del *zoón politikón*: su “responsabilidad cósmica”. Todas las demás especies, incluida la humanidad incivilizada (en la historia o en el presente), han sido o son irresponsables. Esta es la grave conclusión, que no podemos sino asumir en un estricto y profundo sentido de responsabilidad como especie.

Pero dejemos en este punto esta casi preocupante conclusión, sobre la que volveré, para comentar algunas vertientes de la relación del urbanita con el paisaje urbano. Es una de las fundamentales la relacionada con el hecho de constituir la ciudad, como se decía, un lenguaje o código materializado que, por identificación con él, por su comprensión, por asociación consciente o inconsciente a sus significantes, constituye un medio adecuado con que satisfacer incuestionables necesidades de autoidentificación o autoafirmación individual y colectiva.

Lo expresa bien Paul Zanker, un reputado arqueólogo y humanista, lo que suele conducir a la posesión de una acusada sensibilidad acerca de la importancia de los referentes culturales, uno de los más importantes de los cuales es precisamente el ambiente ciudadano. Al tratar de la situación de Roma en los años anteriores al gobierno de Augusto, que se empeñaría en dignificarla y superar el verdadero trauma de una ciudadanía que empezaba a no reconocerse en la limitada *dignitas* de su ambiente urbanístico, escribe: “Es probable que, antes de las transformaciones augusteas, la propia ciudad de Roma reflejase de forma enojosa la condición del Estado y la sociedad.” Y añade: “Nosotros mismos experimentamos diariamente la significación que tienen las obras públicas y privadas, las calles y las plazas, y sabemos que su importancia difícilmente podría exagerarse. En una situación histórica concreta, la imagen de las ciudades representa un sistema coherente de comu-

nicación visual que, por su presencia constante, es capaz de influir sobre el inconsciente de la población de forma persistente”³².

La humanidad civilizada respira intelectivamente el aire cultural de la lengua, sistema abstracto de comunicación imprescindible para una comunicación compleja y para hacer posible un pensamiento articulado de nivel superior; y en este sentido, la ciudad se ofrece como un correlato material del sistema de comunicación y de intelección de los ciudadanos. Es como un *logos* cosificado, materialización de abstracciones que tienen formulaciones específicas según la cultura de cada ciudad. Es una íntima conexión entre la construcción de la ciudad y sus significantes y el lenguaje comunitario que tiene una conocida metáfora, por contraposición, en el célebre mito de la montaña de Babel: surgía de la ambición creativa de una sociedad muy evolucionada, que quería igualarse a los dioses y a su capacidad creativa, y era uno de soportes de su capacidad de acción la posesión de una fuerte cohesión social expresada en el uso de una sólo lengua; pero Dios frenó su desmedida ambición –lo que los griegos clásicos llamaban *hybris*–, multiplicando la lenguas de que se servían, y de la falta de entendimiento, de comunicación, se derivó el abandono de la obra, su ruina³³.

El *zoón politikón*, resulta obvio subrayarlo, se concreta en “subespecies” determinadas por la tradición cultural propia de cada civilización, y la ciudad que le es propia proporciona un estrato primario de identificación colectiva imprescindible. Es una de las razones que hacen tan lacerante el destierro, la extraterritorialidad; tan incombustible el sentimiento de desarraigo -cuando algunos individuos abandonan voluntaria o involuntariamente su ciudad y su ambiente- que expresan los familiares conceptos de “morriña” o de “saudade”. Junto a sentimientos más evidentes, relacionados por ejemplo con el alejamiento del calor y el afecto de los seres próximos, el apartamiento de cada cual de su “nicho ecológico” puede sacudir la conciencia individual por un trastorno de sus niveles de identificación más profundos, los mismos que en los animales funcionan como herencia inconsciente, cromosómica, para permitirles adecuarse a los requerimientos de su propio ambiente ecológico.

32- P. Zanker, *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid, 1992, p. 39.

33- Es el mito que sirvió de base a un inteligente ensayo de Juan Benet, realizado a partir de una exégesis del cuadro de Brueghel “La construcción de la torre de Babel”. Y escribe: “El mito establece una íntima relación entre el edificio y la primera lengua común de toda la raza humana –aquel *Ursprache* que tantos investigadores del siglo pasado trataron de identificar con los idiomas más arcaicos- y a ambos atribuye un destino común: su desaparición de la escena histórica sin dejar vestigios que permitan reconstruirlos...” (J. Benet, *La construcción de la torre de Babel*, Madrid, 1990, p. 48).

A escala individual, la complejidad de la vida ciudadana, con su alta ritualidad social, convierte a los ámbitos urbanos en escenarios de profundas vivencias, y su particular apariencia –en lo que juegan un papel importante las formas artísticas que las completan o configuran (son un “agarradero” conceptual de primerísimo orden)- quedan definitivamente asociadas a la memoria personal, con grados y efectos que dependen, obviamente, de la personalidad de cada uno.

7. ECOLOGÍA URBANA Y POLÍTICA PATRIMONIAL

De cuanto va dicho se deduce, pues, que, en el marco de la compleja vida urbana, se entreteje una íntima relación entre la ciudad y sus habitantes, que tiene valores calificables de “ecosistémicos”. Tienen que ver, por su propia naturaleza, con la salud individual y colectiva del ciudadano o del urbanita en tanto que especie, y obligan, por todo, a contemplar la relación entre la especie y su ambiente propio con las exigencias que comporta el corolario obvio de que están integrados en un equilibrio que ha de garantizar la perpetuación y el progreso de la propia especie.

La llamada de atención a la necesidad de mantener ese equilibrio se está traduciendo hace tiempo en la generación de una nueva ecología, la ecología cultural o la ecología urbana, correlato lógico y superador de la ecología natural. Es bien sabido que, como lógica respuesta a los peligros que corrían los ambientes naturales –próximos o lejanos a nosotros-, los últimos decenios han sido testigos del afianzamiento social de la ecología natural, de una conciencia generalizada sobre la necesidad de proteger la naturaleza, en lo que se ha progresado mucho. Quizá tanto como era necesario en función de formas de vida, por parte del *zoón politikón*, cada vez más agresivas y dañinas para el medio natural³⁴.

Para esta nueva ecología, la ecología natural constituye –lo hayan pensado así o no sus iniciales promotores- un primer paso, o una parte de ella. Porque, según hemos visto, el urbanita, contemplado en su verdadera dimensión, trasciende, como hábitat propio, su centro urbano, de modo que su ecosis-

34- Desviación o derivación patológica, en último término, de la tendencia “natural” del urbanita a transformar la naturaleza y aviso a la necesidad, como se argumentaba más arriba, de ser responsables en la relación con ella.

tema tiene por centro la urbe misma, fuera de ella la naturaleza más antropizada de la tierra cultivada o adaptada, en general, a las actividades agropecuarias o económicas de otros tipos, y, más lejos, la naturaleza menos o nada intervenida, aunque conceptual o verdaderamente dominada. Las tres coronas o esferas podrían resumirse en el esquema teórico de un círculo con un núcleo completamente antrópico –la urbe-, una corona fuertemente antropizada –el campo- y otra exterior en estado de naturaleza o cerca de él³⁵.

Lo, en cierta manera, paradójico ha sido que la alarma ambiental generó en las civilizaciones más adelantadas preocupaciones y actitudes que se concretaron en la “ecología natural” y en políticas conservacionistas de las especies naturales –vegetales y animales- en peligro, convertidas ellas mismas en símbolo de las nefastas consecuencias de una actividad desordenada, y su salvación en símbolo de la ética actuante de una sociedad ecológica. Esta mirada supuestamente “hacia fuera”, que se ha entendido como recuperación de una humanidad “más natural”, menos “artificial” y “civilizada”, ha estado, sin embargo, mucho tiempo de espaldas a la preservación de los ámbitos urbanos, y durante los mismos años en que empezaron a desarrollarse socialmente la ecología natural y las medidas proteccionistas de las especies y ambientes naturales, las sociedades usaban sus crecientes energías en maltratar sus ambientes ciudadanos, de lo que ha sido modélico el desarrollismo económico en la España de los años sesenta en adelante. El celo por la naturaleza olvidaba que para nosotros forman parte sustancial del ecosistema los centros de habitación, las urbes o poblaciones menores en las que se han ido decantando las realidades más directamente ligadas a la condición “creadora” del *zoón politikón* que somos, donde está la parte más radicalmente adaptada a la medida de nuestras propias necesidades, con particularidades derivadas de la historia y la cultura de cada grupo.

35- Sobre todo en el ambiente geográfico del Viejo Mundo no existen ya prácticamente espacios puramente naturales: por todas partes se advierten las consecuencias de la proyección de una humanidad crecientemente intervencionista, apropiadora del medio, al cabo de milenios de vida urbana. Todo es ya un “paisaje cultural”, con huellas más o menos visibles o determinantes de la acción humana, una constatación que diluye los límites entre paisaje natural y paisaje humano o cultural y que, asumida radicalmente, está obligando a redefinir los conceptos y los ámbitos de responsabilidad de quienes se dedican al patrimonio natural y al patrimonio histórico, artístico o arqueológico, cuestión que nos aboca a las conclusiones finales de estas páginas, como ahora se verá. Es una cuestión ampliamente tratada en los últimos años, con la determinación de la corriente, en el ámbito mismo de la Arqueología, de la llamada “Arqueología del paisaje”. Cf. - J.M. Ortega Ortega, “De la arqueología espacial a la arqueología del paisaje: ¿Es *Annales* la solución?”, *Arqueología del Paisaje, Arqueología Espacial*, 19-20, Teruel, 1998, pp. 33-51.

La política patrimonial ha ido poniéndose al servicio de la necesidad de preservar parcelas de la realidad urbana que no debía poner en peligro la actividad creativa o destructiva de nosotros mismos. Pero su formulación específica –en una normativa expresada en leyes, decretos, normas de acción variadas– mostraba continuas limitaciones según iba creciendo una visión más completa e integradora del concepto de patrimonio. En España, en el siglo XIX y parte del XX, se ponía énfasis en la concepción artística del mismo, una consideración que arranca de valores y concepciones arraigados en el Renacimiento, aunque puntos de vista más amplios se empezarían a abrir pronto hueco, animados por posiciones como las alentadas por el Romanticismo, que con su gusto por las ruinas y el paisaje tendrá en cuenta el ambiente natural y la importancia de conservar las ruinas *in situ*, algo que alimentaría la asociación del patrimonio natural al artístico o arqueológico.

Se hablaba de “Tesoro Artístico” o de “Patrimonio Artístico” en la Ley de 1926, aunque la definición de “Tesoro Artístico” se extendía en consideraciones más amplias. Se dice del “Tesoro artístico arqueológico nacional” que comprende “el conjunto de bienes muebles e inmuebles dignos de ser conservados para la nación por razones de arte y cultura”³⁶. En la progresista Ley de 1933 se emplea el concepto “Patrimonio Histórico-Artístico” y, en general, en los países de nuestro ámbito se va a ir evolucionando hacia criterios cada vez más amplios, con imposición de los conceptos de “Patrimonio Histórico” o “Patrimonio Cultural”, al que se asociará también el “Patrimonio Natural”³⁷, según se hace constar expresamente en convenciones y acuerdos como la Carta Europea del Patrimonio Arquitectónico, aprobada por el Comité de Ministros del Consejo de Europa en 1975 o en numerosos acuerdos y reuniones del mismo organismo, la UNESCO y otras importantes instituciones internacionales³⁸.

36- Para la evolución general del concepto de patrimonio cultural o histórico y de la política patrimonial, remito a los libros: J.L. Álvarez, *Sociedad, Estado y Patrimonio Cultural*, Madrid, 1992; M^a.A. Querol y B. Martínez Díaz, *La gestión del Patrimonio Arqueológico en España*, Madrid, 1996; A.M^a. Macarrón Migucl y A. González Mozo, *La conservación y la restauración en el siglo XX*, Madrid, 1998, p. 20.

37- M^a.A. Querol, “Patrimonio cultural y patrimonio natural: ¿una pareja imposible?”, *Extremadura Arqueológica*, 5, Homenaje a la Dra. D^a. Milagros Gil Mascarell Boscá, 1995, pp. 301-306.

38- Un comentario, a propósito de un paisaje cultural tan importante y característico como Las Médulas, en: F.J. Sánchez-Palencia y D. Fernández-Possé, “Las Médulas (León), un paisaje cultural”, en J.M. Iglesias Gil (ed.), *Cursos sobre el Patrimonio Histórico*, 5 (*Actas de los XI Cursos Monográficos sobre el Patrimonio Histórico*, Reinosa, 2000), Santander, 2001, pp. 299-309.

En nuestra legislación vigente se emplea la concepción de “Patrimonio histórico”, con una Ley -*Ley del Patrimonio Histórico Español*, 16/1985 de 25 de Junio- que ofrece en el Artículo Primero de su Título preliminar una definición muy amplia:

Art. 1º,2.: Integran el Patrimonio Histórico Español los inmuebles y objetos muebles de interés artístico, histórico, paleontológico, arqueológico, etnográfico, científico o técnico. También forman parte del mismo el patrimonio documental y bibliográfico, los yacimientos y zonas arqueológicas, así como los sitios naturales, jardines y parques, que tengan valor artístico, histórico o antropológico.

Se advierte un “ensanchamiento” del concepto de Patrimonio Histórico, siempre difícil de definir, porque sus límites se hacen imprecisos en la medida en que incorpora también, como decía, el medio natural³⁹. Con lo que, a la postre, resulta que, de alguna manera, la maduración del concepto de patrimonio histórico y cultural y su ampliación al ambiente natural, viene a ser una cierta recuperación de la concepción integral del *cosmos* urbano, según se fraguó en sus etapas formativas. En este sentido, la consolidación de una conciencia ecológica capaz de generar actitudes y formas de acción que salvara el conjunto de nuestro ecosistema sería una suma de la ecología natural y de la política patrimonial, porque, en el fondo, ambas no serán sino la misma cara de una misma y única ecología cultural o ecología urbana. Ninguna tendría verdadero sentido sin comprender o englobar a la otra. Contemplado de otra manera, ni una parcial ecología natural se sale del ecosistema ciudadano, ni un “ecología urbana o patrimonial” puede desarrollarse auténticamente sin abrir su atención o su preocupación al ambiente en el que se inserta.

39- Es lo que se expresa abiertamente en escritos de carácter teórico o programático, como se comprueba en un reciente libro colectivo, en el que, a propósito del Patrimonio arquitectónico y urbano se dice: “Si en épocas anteriores la conservación del Patrimonio Inmueble se centró en el monumento aislado, como objeto singular fuertemente representativo, posteriormente aparece la preocupación por los conjuntos construidos y más recientemente se habla de ámbitos que incorporan la escala territorial, parajes autropizados valiosos en cuanto que pertenecientes a un medio físico donde artificios y naturaleza alcanzan virtuosos equilibrios”. Y se pasa a continuación a tratar de la noción de contexto, indispensable para la correcta interpretación de la realidad patrimonial: J. Leguina y E. Baquedano (ed.), *Un futuro para la memoria. Sobre la administración y el disfrute del Patrimonio Histórico Español*, Madrid, 2000, pp. 99-111.

8. LA RESPONSABILIDAD SOBRE EL PRESENTE Y EL FUTURO DE LAS CIUDADES

Llego al apartado final de mi discurso con una reflexión que lo cierra y se abre, simultáneamente, a las preocupaciones propias de un ciudadano de nuestro tiempo, atento, entre otras cosas, a los problemas que se derivan del punto alcanzado por la evolución de nuestras ciudades. Hoy vivimos las ciudades, las concebimos o entendemos de manera bastante distinta de cómo fueron en sus etapas formativas, las que han constituido el meollo principal de los argumentos desarrollados de estas líneas, que empiezan a alargarse, tal vez, demasiado. Si nos pretendemos historiadores, hemos de ser capaces de ver las transformaciones que genera la Historia y los resultados, aplicar consecuentemente lo que Ortega llamaba el “sentido histórico”, la conciencia de una variabilidad del tipo de hombre que conduce a reconocer que “las categorías de la mente humana no han sido siempre las mismas”⁴⁰.

La ciudad actual vive una serie de problemas que no es posible analizar ahora, pero basta evocar la conciencia de que los problemas existen para que cada uno llene el hueco del análisis con sus propias percepciones. Las soluciones dependerán de nuestra capacidad de generar respuestas adecuadas a los problemas, y de ellas que nuestros modelos de convivencia y de ciudad se vayan configurando de una u otra manera. El recurso a la historia, a la recuperación de aspectos sustanciales de la ciudad originaria, no puede ofrecer respuestas si se pretende una mera recuperación de realidades pasadas, pero sí puede ser el apoyo a una reflexión que enriquezca los parámetros desde los que se aborda el diagnóstico de la situación actual o se preparan las líneas de actuación con vistas al futuro⁴¹.

Es también cierto que cosas perdidas u olvidadas puede interesar recuperarlas, o están latentes –fuera del campo de nuestra conciencia o nuestra percepción cotidianas- y puede resultar aconsejable devolverles una presencia más operativa. Hay aspectos que, analizados tal como eran en el pasado, resultan de una vigencia actual tan viva que el análisis adquiere el sabor dulce de un reencuentro, o de una reconciliación. Y, en cualquier caso, muchos elementos se hallan insertos en las mencionadas realidades estruc-

40- J. Ortega y Gasset, *op. cit.*, p. 53 (idea desarrollada en pp. 47-57).

41- Me ocupé no hace mucho de esta cuestión, en: M. Bendala, “Arqueología y ciudad: una ciencia para el presente”, *Forum de Arqueología*, 1, Madrid, 1995, pp. 53-63.

turales, caracterizadas por la *long durée*, de modo que no es que estén al margen de la historia o no afectadas por ella, sino que traspasan el tiempo porque corresponden a toda la historia.

Hemos visto que los progresos modernos de la ecología natural y de las concepciones patrimoniales se funden en una nueva ecología que, en buena medida, significa una recuperación de la concepción integradora de la ciudad que se forjó en la Antigüedad madura, en el seno de la cultura ciudadana del mundo clásico. Ciertas formas de equilibrio entre naturaleza y cultura, aunque nacidas al abrigo de la conciencia mítica o de sentimientos de sumisión a las fuerza divinas atribuidas a la naturaleza, generaban cautelas o posiciones de equilibrio y limitación a las acciones humanas de un urbanita que sentía ya de alguna forma el vértigo de su propia capacidad creadora (transformadora, destructora) y la necesidad de conciliar el orden natural con el orden artificial⁴².

La misma contemplación del mundo urbano durante su desarrollo en la Antigüedad otorga la debida entidad a la percepción de la ciudad como ecosistema y del hombre como su especie propia –el *zoon politikón*–, con el corolario, ya comentado, de que la preservación de nuestra especie y de nuestro ecosistema obliga a medidas preservadoras de éste último en su integridad. De aquí se obtiene, además, una nueva capacidad para entender que, si es ecológico conservar la naturaleza –como estaba ya asentado en las inquietudes sociales modernas–, **también es ecológico preservar las ciudades.**

Preservarlas no significa fosilizarlas o momificarlas, sino saber vivir la tensión de su perpetuación y su renovación sin atender a sus valores ecológicos. Son éstos los que dan a los patrimoniales una nueva dimensión y nuevas formas de compromiso, porque no sólo habrá de merecer atención aquello que aparece palmariamente cargado de valores históricos o artísticos –categorías que, como se vio, han ido quedando superadas– sino cuanto pueda tener valores referenciales, “ciudadanos”.

Sin duda que esto nos introduce en una nueva complejidad, pero ese es el primer hallazgo y una de las consecuencias de éste o cualquier recorrido por

42- Es una idea que desarrollé con más reposo, en: M. Bendala, “Los conjuntos arqueológicos y sus contextos ante las exigencias de los nuevos tiempos”, en J.M. Iglesias Gil (ed.), *op. cit.* en nota 36, pp. 237-254.

la dimensión histórica de las ciudades y sus implicaciones más profundas: el tratamiento de las ciudades debe partir de la asunción radical de su propia complejidad. No es la ciudad sólo un problema funcional o constructivo, y algo atribuible, en cuanto a su cuidado, realización y proyección para el futuro a los profesionales expertos en la arquitectura, puesto que la ciudad, que es en mucho arquitectura, ya hemos visto que es no sólo arquitectura⁴³.

Ha de superarse definitivamente una etapa de disputas de grupos o áreas científicas por la competencia sobre el presente y el futuro de las ciudades, una disputa en la que en principio tenían todas las bazas, por una tradición no cuestionada y su indudable peso profesional, los arquitectos. Numerosas voces recientes abordan el problema del urbanismo como ciencia abierta a campos científicos y profesionales no restringidos al campo de la arquitectura, que durante mucho tiempo ha tenido una preponderancia indiscutida, con expresiones de lo que se ha llamado una “panarquitectura” como médula del urbanismo, ejemplificable en la sentencia de Le Corbusier acerca de que “el urbanista no es más que un arquitecto”⁴⁴. La contemplación más total, más auténtica de la ciudad, obliga a considerar el papel que, en su futuro, deben jugar disciplinas y profesionales de campos esenciales para el entendimiento de su complejidad: la sociología, la historia, la geografía, la arqueología, el arte, la psicología... Es una cuestión de competencias y también de responsabilidad, dicho sea también como exigencia de un mayor compromiso por parte de los demás profesionales en el desenvolvimiento de las ciudades. Se trata, como se ha escrito, de abordar el urbanismo como una ciencia que ha de ser concebida, no ya sólo como ciencia interdisciplinar, sino trasdisciplinar⁴⁵. Es una propuesta nacida en el marco de nuevas percepciones y proyecciones del urbanismo, con pronunciamientos en torno a una “ecología humana”, del tipo de la comentada, afecta al hombre y a su ambiente en un sentido total, que desarrollaron, por ejemplo, R. Park y E.

43- En diciembre de 2000 se abrió en Burdeos la exposición “*Mutations*”, dirigida a estimular una reflexión sobre la ciudad en un momento de desconcierto y preocupación de los arquitectos y otros profesionales dedicados a ella al contemplar el presente de las ciudades, de su evolución. Jean Nouvel, arquitecto responsable del montaje, decía: “Los arquitectos comienzan a admitir que no saben qué hacer y que, antes de proponer, hace falta comprender dónde estamos, salir de la alucinación que nos produce la extraordinaria velocidad de los cambios que vivimos” (fuente: EL PAIS, 4 de diciembre de 2000, p. 37).

44- Lo recuerda A. Baigorri en un interesante trabajo, muy esclarecedor en relación con estas últimas consideraciones: “Del urbanismo multidisciplinario a la urbanística transdisciplinaria. Una perspectiva sociológica”, *Ciudad y territorio. Estudios Territoriales*, III, 104, 1995, pp. 315-328.

45- A. Baigorri, *op. cit.*, *passim*.

Burguess en la década de los veinte del siglo pasado sobre las bases científicas desarrolladas por sociólogos urbanistas y especialistas en geografía humana⁴⁶.

A nosotros los historiadores, en la medida en que podemos aportar una visión totalizadora de la ciudad y de su esencial dimensión histórica⁴⁷, nos cumple participar en la elaboración y la vigilancia de una ecología urbana como horizonte de posibilidades y responsabilidades, de competencias también que a veces nos hurtan y nos hemos dejado hurtar⁴⁸. Y, en la variada gama de los historiadores, los arqueólogos, a cuyo gremio pertenezco, hemos adquirido ya un destacado papel como responsables de una tarea a hacer en las ciudades históricas perfectamente explicable en el marco de una ecología de amplio espectro que resulta a estas alturas imprescindible. Y he de decir con alguna satisfacción que ese ha sido un reto y un compromiso, más allá de una mera exigencia de nichos de actividad profesional. La respuesta social a esta actividad está siendo positiva y alentadora, y es una muestra de la creciente salud ecológica de nuestras ciudades.

Acabo, pues, con este positivo aliento, y con la conciencia de querer contribuir a la formación desde la Universidad y desde foros como el que hoy me abre las puertas, a una revitalización de la cultura, que, como decía al comienzo, tiene en la transversalidad de los saberes uno de sus horizontes esperanzadores. Y la multiplicidad de saberes es, precisamente, la principal señal de identidad de esta docta Academia.

Muchas gracias.

46- A. Baigorri, *op. cit.*, pp. 321-322. Recuerda el autor después la progresiva maduración de estas ideas, que llevaron a H. Lefebvre a proponer, en la revista *Utopie* de 1962, la necesidad de crear una Facultad de Urbanismo donde se agruparan alrededor del análisis del fenómeno urbano todas las disciplinas existentes: desde las matemáticas (estadística, cibernética...) a la historia y la lingüística, pasando por la psicología y la sociología. Una tendencia globalizadora, en suma, que ha tenido gran repercusión en las posturas científicas, especialmente en los Estados Unidos de América (*ibid.*, p. 324).

47- El propio A. Rossi escribió: "Muchas veces me he preguntado por qué sólo los historiadores nos dan un cuadro completo de la ciudad: creo poder responder que esto sucede porque los historiadores se ocupan del hecho urbano en su totalidad" (*op. cit.*, p. 98).

48- Una de las llamadas de atención que nos hacíamos, en un trabajo colectivo acerca del variado papel de las humanidades en el mundo actual: M. Bendaña, A. Gabilondo y C. Piera, "Sentido y alcance de la investigación en humanidades", en P. Toboso (ed.), *Actas del Congreso "Humanidades e Investigación"*, U.A.M. Madrid, 1998, pp. 25-35.

Contestación del
Excmo. Sr. D. Eloy Benito Ruano

Excmo. Sr. Presidente, Excmos. Sres. Académicos, Excmos. e Ilmos. Sres., Sras. y Sres.:

Sólo una imposición inapelable, la de la muerte, ha podido determinar que sea yo y no el Prof. Antonio López Gómez el introductor del inminente –y, de por sí, eminente– nuevo miembro Numerario en nuestra Comunidad académica.

Él, D. Antonio sencillamente, pero Excmo. Sr. por tantos méritos académicos, y sobre todo humanos, bien conocidos de cuantos le conocieron, fue quien, siendo Vice-Presidente de esta Real Academia de Doctores, tomó muy certeramente la iniciativa de invitar al Dr. D. Manuel Bendala Galán a acceder a su propuesta de incorporación a tan Docta Casa.

El propio D. Antonio había anticipado seis años atrás la misma, aunque sin duda menos afortunada para la Academia, propuesta de mi acceso; por lo que, a partir de hoy, el recibido y su actual presentador seremos hechura de un mismo padrino. De lo que, en nombre de ambos, creo poder manifestarnos unánimemente agradecidos y orgullosos.

* * *

De nuestro nuevo colega mucho (y bueno) es lo que podría yo decir y no sé, en el momento en que escribo estas líneas, si será objeto, siquiera, de enumeración en el posible *currículum vitae* que quizá se consigne en las últimas páginas de la edición del presente Discurso: relación de las excelencias biográficas, científicas y académicas (títulos, actividades, publicaciones) que en él concurren y de las que es autor, calificadas todas con la máxima apreciación valorativa.

Actual Catedrático de Arqueología en la Universidad Autónoma de Madrid, como sabemos todos, título y cargo coronan por ahora una brillante carrera docente, tempranamente iniciada apenas superada su fase discente en su *Alma Mater* sevillana y en su derivación gaditana. Con el desempeño de los sucesivos grados profesionales de Ayudante, Profesor Titular, Encargado de Cátedra, Profesor Agregado, Catedrático, Director de Departamento y Decano de Facultad.

Un centenar muy cumplido de publicaciones –libros, artículos de revista, trabajos de investigación, ponencias y comunicaciones a Congresos nacionales e internacionales; dirección de proyectos científicos y Tesis Doctorales- constituyen hasta hoy el bagaje consiguiente *grosso modo* de su producción científica.

La imagen que como *profesional* (profeso, entregado) ofrece la persona del Dr. Bendala se corresponde con la de una ya dilatada plantilla (¿tres, cuatro generaciones en España?) de Arqueólogos que conciben la materia de su dedicación como algo más, mucho más, que el tratamiento exclusivo de materiales residuales de los que el maestro de Bendala, el Prof. Antonio Blanco Freijeiro llamara *Cacharrología* (y el maestro de su maestro –y mío- D. Antonio García y Bellido nombró como *Pucherología*).

Tanto esos, sin embargo valiosos indicios, como los magnos monumentos arquitectónicos, las producciones artísticas, los restos humanos y las relaciones clásicas escritas... constituyen hoy por sí mismas verdaderas fuentes elocuentes, aunque en su mayoría mudas, de la reconstrucción, no sólo histórica, sino hasta antropológica, en el doble sentido físico y cultural del objeto arqueológico.

Dentro de esta amplio ámbito conceptual destaca concretamente la producción del Dr. Bendala en su especial atención al fenómeno histórico de la **ciudad**.

La ciudad desde sus más remotos precedentes (u orígenes) neolíticos, en cuanto hogar de una sociedad ya sedentaria, conviviente, a través de graduales formulaciones del poblado disperso, la aldea, los castros... incluidas las necrópolis –ciudades de muertos. Fértiles todas en mensajes significativos para quienes conocen las claves descifrantes de sus crípticos lenguajes. Y testimonios todos vitales: económicos, sociales, políticos y hasta mentales

que, derivados de su realidad física, contribuyen hasta la definición institucional de la *ciudad* propiamente dicha: *A status of mind*, en opinión del sociólogo norteamericano Robert E. Park.

De esta coronación, magistralmente elaborada para *La ciudad antigua* por Fustel de Coulanges, deriva la moderna historiografía del concepto de *ciudad*, afectante al medievalismo y a la evolución de toda una especialidad que va desde la Urbanística hasta el Derecho.

Títulos como *La ciudad en la España romana*, *Carteia*, *Tartessos*, *Técnica edilicia*...denominan otros tantos trabajos del autor que tenemos delante, acreditando su capacidad de síntesis, superpuesta a la precisión analítica de tantos otros estudios que llamaríamos de precisión, insertos en el vasto campo del urbanismo antiguo, en especial el de España.

A lo largo de la interesantísima monografía que acabamos de escuchar, hemos seguido el devenir desde la simple noción hasta el estricto concepto de *lo urbano* como factor esencial de la condición humana, la aristotélica definición del hombre como *zoón politikón*.

Y hemos comprendido que es la *polis* el atributo externo, al par que el producto de *la humanidad* (fruto de la humanidad) como característica esencial, incluso instintiva, de la especie. Cuya perfección se alcanza en su realización helénica, dando al *demos* y al sistema de su estructura política y social.

Universalización en el mundo occidental de ese principio y su inmediata materialización es la *Urbs* por excelencia, elevada a la condición divina: *Dea Roma*, impuesta al vasto espacio de su dominio y sublimada como objeto de *latría* (adoración), en tanto que rectora y al mismo tiempo modelo de su convivencia:

*Fecisti patriam diuersis gentibus unam,
Urbem fecisti quod prius orbis erat;*

supo exaltar y definir exacta y rotundamente su hijo Rutilio Namaciano.

Junto a esta denominación vino a prosperar la del destilado concepto de la *ciuitas*, raíz etimológica de las voces y realidades de ciudadano y de civilización: nuevas condiciones del hombre y de su obra, la cultura.

Cultura en cuanto imposición del hombre sobre la naturaleza: alteración de éste, ¡ay, no siempre para su bien!

* * *

De la dialéctica Naturaleza-Cultura (ya Civilización) nos ha ofrecido nuestro nuevo colega una diáfana versión, arrancando de su primera formación perfecta, es decir, ultimada.

Pero rebasando generosamente los límites de su especialidad, ha proyectado también, aunque brevemente, la luz de su mirada sobre lo que fue el futuro del pasado, es decir, la historia del desarrollo a través del tiempo, hasta la actualidad, del objeto de su disertación: la ciudad.

Hemos asistido, pues, al trazado del *sulcus primigenius* de un proceso que consistió en “poner puertas al campo”. En entrecruzar sobre un perímetro cerrado otros surcos (*cardo*, *decumanus*) precursores de futuras *vias*, acotaciones de inminentes barrios, ulteriores *collaciones* y definitivas parroquias; a la construcción de puentes, acueductos, templos, foros y plazas.

Y, sobre todo, a la elevación de *casas*, es decir, domicilios, hogares, sedes de *lares* íntimos. Y rodeando el conjunto, al surgimiento de muros defensores que garantizarán la paz y la seguridad interna, abriéndose y cerrándose al alba y al atardecer como cualquier otro hogar colectivo. Porque, al fin y al cabo, ¿qué es la ciudad, sino la *domus* de la comunidad —prolífica familia— que lo habita?

Bendala nos ha hablado finalmente del *paisaje sobrenatural*. No el de ultratumba, escatológico, sino del que es objeto de la *Ecología cultural*..., denominable también como *Ecología urbana*. Y ha postulado por el equilibrio, la armonía entre ambas, tantas veces desgraciadamente quebrantada en perjuicio de la natural.

Proclamando y estimulando la responsabilidad del hombre de nuestros días, él, vocero de la Antigüedad, expositor y custodio de sus ejemplos y de sus ejemplares, aboga por la defensa y el enriquecimiento de uno y otro sistema ecológicos, sintetizables en un supremo Patrimonio de la Humanidad.

Sean bienvenidos este mensaje de la Historia y su portador por los cultores de todas las ciencias —naturales, humanísticas y espirituales— hermanados en esta su nueva Comunidad.